

tores, llovían á todas horas y sobre todas las clases de la población, como otras tantas chispas sobre materias inflamables; anuncios de todas formas y dimensiones y de todos colores detenían en todas las esquinas á cuantos pasaban, y sociedades populares tenían sus tribunas y sus oradores en todos los barrios. Los negocios públicos habían de tal modo llegado á ser los asuntos de cada uno, que hasta aquellos que no sabían leer, se agrupaban en los mercados y en las plazas alrededor de lectores ambulantes que les leían y comentaban los papeles públicos.

Entre todos aquellos nombres de diputados y de oradores que resonaban en su oído, el pueblo escogía algunos nombres favoritos, se apasionaba por ellos y se irritaba contra sus enemigos, confundiendo su causa con la suya. Mirabeau, Petion, Marat, Danton, Barnave y Robespierre habían sido ó eran todavía sucesivamente aquellas personificaciones de la multitud; pero de todas estas popularidades, ninguna se había más lenta y más profundamente arraigado en el espíritu de las masas que la del diputado de Arras.

Esta popularidad se eclipsó un momento después del 10 de Agosto por la de los hombres de acción de aquel día, tales como Danton y Marat; pero este olvido del pueblo hacia su favorito no fué largo. Hemos visto que Robespierre, llamado al Consejo de la municipalidad al día siguiente de la victoria, había tomado una parte activa en sus deliberaciones, redactado sus decretos y promulgado sus voluntades, como orador de muchas diputaciones, en la barra de la Asamblea legislativa. Convencido de que al fin había sonado la hora de la república, y que detenerse ante la indecisión era detenerse en la anarquía, Robespierre había aceptado la república y violentado con sus palabras á los girondinos para arrancarles el gobierno y entregarle al pueblo de París. Hasta el 2 de Setiembre se había confundido así en el ayuntamiento con los directores del movimiento de la municipalidad y con los dictadores de París. Pero el día en que Danton y Marat organizaron y regularizaron el asesinato, ora previendo la justa vuelta de la indignación pública, ora por el horror de sangre entonces, Robespierre dejó de presentarse en la casa de la ciudad, y después del 2 de Setiembre no volvió allá más. Hemos visto en qué términos manifestó á Saint-Just la conmoción de su alma contra aquellas inmolaciones en masa. Le repugnaban de tal modo en estos primeros tiempos, que no quiso á ningún precio que se le confundiese con sus colegas de la municipalidad, por miedo de que cayese sobre él una mancha de la sangre de Setiembre.

A medida que aquellas proscripciones contempladas á sangre fría parecían más odiosas, Robespierre aparecía más puro. No se olvidaba su inacción, y se le agradecía no hubiese ensangrentado su carácter, y haber querido conservar á la causa del pueblo el prestigio de la justicia y de la humanidad. La reacción de la opinión contra las jornadas de Setiembre conducía á él todos los partidos extremos, pero no perversos.

El día de la primera sesión de la Convención era aún el hombre incorruptible de la revolución, tan incorruptible á la sangre como al oro. Su nombre lo dominaba todo. La misma municipalidad, que no toda había tenido parte en los asesinatos de Setiembre, se gloriaba con Robespierre, y le concedía con afectación toda la autoridad sobre sus actos. Conocía que su fuerza moral estaba en él. Los girondinos lo conocían también, y temían poco á Marat, harto monstruoso para seducir, negociando con Danton, bastante venal para ser seducido; y aunque desde-

ñando el aún subalterno talento de Robespierre, éste era el hombre ante quien temblaban, el único, en efecto, después de Danton, que podía disputarles la dirección del pueblo y el manejo de la república.

Pero ya hacía mucho tiempo que Robespierre había cesado en toda intimidad con madama Roland y sus amigos. Vergniaud, lleno de elocuencia y confiando en su poder de atracción, despreciaba la palabra sorda de Robespierre, que reprendía siempre, pero que no estallaba nunca. Creía que el poder de los hombres se perdía por su genio, y el de Robespierre se arrastraba al pié de la tribuna, en la que Vergniaud reinaba ya. Petion, mucho tiempo amigo de Robespierre, no le perdonaba el que le hubiese quitado la mitad del favor público. La popularidad no admite tanta división como el mando. Louvet, Barbaroux, Rebecqui, Isnard, Ducos, Fonfrede, Lanjuinais, todos estos jóvenes diputados en la Convención, que creían llegar á París con la omnipotencia de la voluntad nacional y hacer inclinarse todo bajo la Constitución republicana que ellos iban á deliberar libremente, se indignaban al hallar en la municipalidad un poder usurpador y rebelde que era preciso derribar ó sufrir, y en Robespierre un tirano de la opinión con quien era necesario contar. Las cartas de estos jóvenes á los departamentos están llenas de expresiones de cólera contra los agitadores de París. Difundíanse rumores de dictadura, ya por los partidarios de Robespierre, ya por sus rivales. Marat acreditaba estos rumores, no cesando de pedir al pueblo volviese á entregar á un solo hombre el poder y el hacha para inmolar á todos sus enemigos á la vez. Los girondinos aumentaban estas noticias sin creerlas. Los partidos se combatían con sospechas, y cuando la sospecha de realismo no podía alcanzar á nadie, la sospecha de aspirar á la dictadura era el golpe más mortal que los partidos podían darse.

Si la soberanía de la opinión era el único sueño de Robespierre, en una confusa lontananza, según su confidente Lebas creía leerlo en los pensamientos de su amigo, el aspirar entonces á una dictadura directa era una calumnia contra su buen sentido. Aún necesitaba aumentar inmensamente la confianza y el fanatismo del pueblo en su favor para atreverse á dominar la representación. Sus enemigos se encargaban de elevarle atacándole; acusarle de pretender la dictadura era prestar dos servicios á su fama. Era por un lado prepararle una ocasión fácil y cierta de demostrar su inocencia; era por otro dar la idea del crimen de que se le acusaba, y formarle una candidatura para el poder supremo por conducto mismo de sus calumniadores; doble fortuna para un ambicioso.

## VII

La cólera y la impaciencia de los jóvenes girondinos no hicieron ninguna de estas reflexiones. Se reunieron en casa de Barbaroux, se acalararon con sus mismas prevenciones, y resolvieron atacar de repente y cuerpo á cuerpo la tiranía de París en la persona y bajo el nombre de Robespierre. Echando sobre él todo lo odioso de aquella tiranía, tenían la ventaja de aflojar del lado de Danton, á quien temían más; creían de este modo atacar la municipalidad por lo más vulnerable de sus triunfos, y no dudaban triunfarian con facilidad. Algunos de sus amigos de más edad y más contemporizadores, como Brissot, Sieyès y Condorcet, les aconsejaron dilatar el ataque, y esperar á que se suscitase un conflicto inevitable y

próximo entre la municipalidad y la Convencion. Los más animados contestaron que dar tiempo á una faccion, era darle fuerzas; que el valor era siempre la mejor política; que era una habilidad arrancar desde el primer dia la república á los facciosos que querian apoderarse de ella en la cuna; que era preciso no dejar á la indignacion de Francia contra los asesinos de Setiembre el tiempo de calmarse, y sí comprometer desde el primer momento la mayoría de la Convencion contra los hombres sanguinarios que amenazaban sujetarlo todo; y que ademas había en ellos algo que les determinaba más que la política, que era el sentimiento y el horror de su alma contra aquellos seductores del pueblo, y la imposibilidad de que hombres de corazon sano se confundiesen con los asesinos, y parecer tolerarlos ó temerlos teniéndoles consideracion por más tiempo.

Avergonzado el intrépido Vergniaud de haber sufrido durante seis semanas la tiranía de los oradores de la municipalidad, no trataba ni de activar ni de contener el ardor de sus jóvenes compatriotas. Ni huía ni pedía el combate; sólo se declaraba pronto á aceptarle y sostenerle. Su alma, su palabra y su sangre, todo lo ofrecía por la salvacion de la patria y la pureza de la república.

Sieyes, sobre todo, que en los primeros tiempos era buscado por los girondinos, y que los veía todas las noches en la tertulia de madama Roland, les dió en términos lacónicos consejos de táctica, y les presentó planes metafísicos de constitucion. Los girondinos le consideraban como su hombre de Estado. Sieyes, espíritu previsor, aunque detestaba á Robespierre, Marat y Danton, hubiera querido que ántes de atacar á la municipalidad hubiesen separado á Danton, y hecho un pacto con Dumouriez que les asegurase otra fuerza distinta de la tribuna contra las bandas insurreccionales del ayuntamiento. «No expongais—les dijo—la república en una batalla en las calles ántes de tener los cañones de vuestra parte.» Vergniaud convino en lo acertado de esta frase; pero la impaciencia de la juventud, la vergüenza de retroceder y las elocuentes excitaciones de madama Roland vencieron á los frios cálculos.

Entre tanto los Jacobinos se reunían de nuevo hacia dos días, y Marat y Robespierre volvieron á presentarse.

La Convencion emprendió sus trabajos. Oyó al principio favorablemente una relacion enérgica de Roland que proclamaba los verdaderos principios de orden y legalidad, y que pedía á la Asamblea asegurase su propia dignidad contra los movimientos populares con una fuerza armada para defender la Representacion nacional. El momento era oportuno para atacar á la municipalidad y deshonorar sus excesos. En la sesion del 24 de Setiembre, Kersaint, noble breton, intrépido oficial de marina, escritor político elocuente, reformador decidido por la regeneracion social, unido desde el primer dia con los girondinos por el mismo amor á la libertad y por el mismo horror al crimen, pidió repentinamente, con motivo de un desorden en los Campos Elíseos, que se nombrasen comisionados para vengar la violacion de los primeros derechos del hombre: la libertad, la propiedad y la vida de los ciudadanos. «Es tiempo—dijo Kersaint—de levantar cadalsos para los asesinos y para aquellos que inciten al asesinato.» Luégo, volviéndose del lado de Robespierre, de Marat y de Danton, y pareciendo dirigir á ellos una sangrienta alusion, continuó con atronadora voz: «Hay quizá algun valor en levantarse aquí contra los asesinos». La Asamblea se estremeció y aplaudió.

Tallien pidió que se aplazase aquella proposicion. «Aplazar el castigo del crimen, es proclamar la impunidad de los asesinatos»,—dijo Vergniaud. Fabre d'Eglantine, Sergent y Collot-d'Herbois, creyéndose aludidos, se opusieron á la proposicion de Kersaint, y justificaron á los ciudadanos de Paris. «Los ciudadanos de Paris—exclamó Lanjuinais—están llenos de estupor; cuando llegué á la capital, me estremecí.» Empezaron los murmullos, y Buzot, confidente de Roland,



Ducos.

preparado para hablar por la comunicacion que recibiera del informe, se aprovechó de la inesperada emocion producida por el discurso de Kersaint para subir á la tribuna y empezar el combate ensanchando el terreno.

«En medio de la agitacion violenta que ha producido la proposicion de Kersaint,—dijo Buzot,—necesito conservar la sangre fria que conviene á un hombre libre. No basta llamarse republicano, y sufrir bajo este nombre nuevos tiranos. Extraño á los partidos, he llegado aquí con la confianza de que podria conservar la independencia de mi alma, y es bueno que sepa lo que debo esperar ó temer. ¿Estamos seguros? ¿Existen leyes contra los que exciten al asesinato? ¿Se cree que nosotros no hemos traído un alma republicana, pero incapaz de ceder á las amenazas y violencias de hombres cuyo fin y designios no conozco? Se os pide una

fuerza pública; eso es lo mismo que os pide el ministro del Interior, Roland, quien á pesar de las calumnias que se le dirigen, es á vuestros ojos uno de los hombres más honrados de Francia. (*Aplausos*). Yo pido también una fuerza pública á la que concurren todos nuestros departamentos. Es necesaria una ley contra esos hombres infames que asesinan, porque no tienen valor para combatir... ¿Se cree hacernos esclavos de algunos diputados de París?»

Estas enérgicas expresiones de Buzot conmovieron á la Convencion, y las aclamaciones en todos los bancos de los diputados de los departamentos apoyaron sus palabras. Los diputados de París y sus adictos callaron y quedaron consternados, y la proposición se votó. Por la noche, los doce diputados de París se trasladaron en masa á la sesión de los Jacobinos para exhalar su cólera y para concertar su venganza. «Es necesario — dijo Chabot — que los jacobinos, no sólo de París, sino de todo el imperio, *obliguen* á la Convencion á dar á Francia el gobierno que elija. La Convencion retrocede y los intrigantes se apoderan de ella. Los aduladores de la secta de Brissot y de Roland quieren establecer un gobierno federal para reinar sobre nosotros por sus departamentos.»

Al decir estas palabras, aparece Petion y ocupa su asiento. Brissot escribe que pide explicarse fraternalmente. Fabre d'Eglantine ataca á Buzot y denuncia su discurso de la mañana como una combinación preparada en casa de Roland para prevenir el ánimo de la Convencion contra París. Petion defiende á Buzot, no sólo á título de amigo, dice, sino como uno de los ciudadanos más decididos por la libertad y por la república. Billaud-Varennes, Chabot y Camilo Desmoulins llaman á Buzot malvado. Grangeneuve y Barbaroux amenazan á la diputación de París con la llegada de nuevos marseleses. La sesión se levanta en medio del más inexplicable tumulto, y la guerra queda declarada.

## VIII

El combate empieza al día siguiente en la sesión de la Convencion. Se levanta Merlin. «Se habla de señalar la orden del día, — dice. — La única orden del día es hacer que cesen las desconfianzas que nos dividen, y que perderian la causa pública. Se habla de tiranos y de dictadores; pido que se los nombre, y que se me designen como aquellos á quienes debo dar de puñaladas. Intimo á Lasource, que me dijo ayer existía aquí un partido dictatorial, que nos le designe.»

Lasource, amigo de Vergniaud y casi tan elocuente, se levanta indignado de aquella pífida interpelación. «Es bien extraordinario — dice — que interpelándome el ciudadano Merlin, me calumnie. Yo no he hablado de dictador, sino de dictadura: he dicho que hay aquí ciertos hombres que me parece tienden al dominio por medio de las intrigas. Es una conversación particular lo que el ciudadano Merlin revela; pero lejos de quejarme de esa indiscreción, me alegro. Lo que he dicho en confianza lo volveré á decir en la tribuna, y aliviaré de un peso á mi corazón. Ayer por la noche, en los Jacobinos, oí denunciar á las dos terceras partes de la Convencion como que conspiraban contra el pueblo y contra la libertad. Al salir, algunos ciudadanos se agruparon á mi alrededor, y el ciudadano Merlin fué uno de ellos. Les pinté, con un calor que yo no puedo contener cuando se trata de mi patria, mi inquietud y mi dolor. Se gritaba contra el proyecto de ley

que pide el castigo para los instigadores del asesinato. He dicho y repito que esta ley sólo puede asustar á los que meditan crímenes y que después los atribuyen al pueblo, de quien se llaman únicos amigos. Se gritaba contra la proposición de dar una guardia á la Convencion. He dicho y vuelvo á decir que la Convencion nacional no puede quitar á todos los departamentos de la república el derecho de velar por el depósito común y por la libertad de sus representantes. No es al pueblo á quien yo temo, él es quien nos ha salvado, y pues que al fin es necesario hablar de sí mismo, son los ciudadanos de París quienes me han salvado en el terraplen de los Fuldenses. Ellos son quienes apartaron de mí la muerte que me amenazaba, y quienes separaron de mi pecho treinta estocadas. No, no es al ciudadano á quien yo temo, es al cobarde asesino que da de puñaladas. ¿Causa esto admiración? Yo interpelo á mi vez á Merlin. ¿No es verdad que me ha advertido en confianza uno de estos días, en el comité de vigilancia, que yo debía ser asesinado sobre el umbral de mi puerta al entrar en mi casa, como otros muchos de mis colegas? Sí, no temo el despotismo de París, temo el dominio de los intrigantes que le oprimen sobre la Convencion nacional. No quiero que París llegue á ser para el imperio francés lo que Roma para el imperio romano. Aborrezco á los hombres que en el mismo día en que se cometían los asesinatos se han atrevido á decretar mandamientos de arresto contra ocho diputados, y quieren llegar por medio de la anarquía á aquel dominio de que están sedientos. Yo no designio á nadie, sigo con la vista el plan de los conjurados y levanto la cortina. Cuando los hombres en quienes me fijó me hayan dado bastante luz para verlos bien y para enseñarlos á Francia, yo vendré á esta tribuna á quitarles la máscara, aunque deba al bajar sucumbir á sus golpes. Me habré vengado, y el poder nacional, que anonadó á Luis XVI, anonadará á todos los hombres ávidos de dominación y de sangre.»

Prolongados aplausos siguieron á estas palabras; la energía de Lasource pareció haber vuelto la respiración á la Asamblea. Rebecqui nombró á Robespierre. «Hé ahí el partido, — exclamó, — hé ahí el hombre que yo os denuncio.»

Danton, que se creía aún con bastante apoyo en ambos lados de la Convencion para sostenerse y para interponerse como un terrible mediador, pidió la palabra.

«Es un bello día para la nación, — dijo, — es un bello día para la república, aquel que nos conduce á una explicación fraternal. Si hay culpables, si existe un hombre perverso que quiera dominar despóticamente á los representantes del pueblo, su cabeza caerá tan pronto como sea descubierto. Esta imputación no debe ser vaga é indeterminada. El que la haga debe firmarla. Yo la haré, aun cuando deba costar la vida á mi mejor amigo. No defiendo en masa á la diputación de París, no respondo de nadie (indica con una mirada desdeñosa el banco de Marat), y sólo os hablaré de mí. Estoy pronto á trazáros el cuadro de mi vida pública. Desde hace tres años he hecho lo que he creído deber hacer por la libertad. Mientras que duró mi ministerio, he empleado todo el vigor de mi carácter y toda la actividad de un ciudadano á quien abrasa el amor de su país. Si con respecto á esto hay alguno que pueda acusarme, que se levante y que hable. Existe, es verdad, en la diputación de París un hombre cuyas opiniones exageran y desacreditan al partido republicano: este hombre es Marat. Bastante y demasiado tiempo se me ha acusado de ser el autor de sus escritos. Invoco el testimonio del ciudadano que os